



ACADEMIA NACIONAL  
DE LETRAS

**Serafín J. García**

(Discurso de Ingreso a la Academia)

## **Evocación de Dossetti**

Un solo libro bastó a Santiago Dossetti para alcanzar legítima perdurabilidad en la literatura uruguaya, y cimentar además un renombre que sobrepasó las fronteras nativas y se extendió por todos los países de nuestro continente. El gran narrador minuano no necesitó escribir sino “Los Molles”, y algún que otro relato muy posterior a esa obra – como por ejemplo “El mensajero llega en la madrugada” – para aposentarse definitivamente en la historia de las letras vernáculas, ocupando dentro de ellas, sitio de primera fila.

Su caso podría compararse en tal sentido al de poquísimos narradores sudamericanos. Citaré dos ejemplos por consideraciones muy elocuentes a significativos: el de José Eustasio Rivera y el de Ricardo Güiraldes. A aquél le bastó con “La Vorágine” para obtener la consagración justiciera. A éste le hubiera alcanzado con creces “Don Segundo Sombra”.

Acaso muchos se pregunten por qué motivo, a lo largo de una vida que bordeó las ocho décadas, la bibliografía de Dossetti se redujo a un solo título. Creo posible aventurar una respuesta a esa interrogante. El autor de “Los Molles” poseía un inexorable sentido de auto crítica, y era además un apasionado cultor de la forma. Sin desconocer ni negar la importancia prioritaria del tema, no cejaba hasta lograr la expresión literaria adecuada para desarrollarla. No había una sola palabra siquiera que no demandara su más minuciosa y exigente atención. No le gustaba adjetivar en vano, no lo deslumbraba el mero coruscar de las imágenes.

Me lo dijo muchas veces. Y por eso utilizaba únicamente aquellos vocablos que él entendía justos, precisos, irremplazables. De ahí la fuerza expresiva de su personalísimo estilo de cuentista. Un estilo ceñido, depurado, brillante sin opulencias hueras, ennoblecido por metáforas sobrias, de sólida belleza, cuya luminosidad era de limpio sol y no de fuego fatuo. Ese estilo, de gran jerarquía estética sin ninguna duda, poseía por otra parte una muy singular característica, que no iba ciertamente en desmedro de su señorío y de su donosura, sino que por el contrario contribuía a realzarlos: era un estilo entrañablemente nuestro, rioplatense – uruguayo, me atrevería a afirmar – que sin desmedro de la lengua madre rezumaba el jugo auténtico de la tierra que lo había nutrido.

La sujeción a esa norma imperativa que regía su creación, fue tal vez la causa principal de que Dossetti no hubiera escrito más libros. Pero existió también otro motivo codeterminante de tal exigüidad productiva: la dispersión del talento y del tiempo de nuestro narrador en innumerables actividades muy fructíferas por lo demás, desarrolladas en pro de la cultura nacional, y muy especialmente de la relativa a su departamento natal, Lavalleja, por cuyo progreso y bienestar bregó sin treguas durante toda la vida.

A su esfuerzo desinteresado y generoso, a su capacidad de trabajo y a la variedad y acierto de su inagotable riqueza de iniciativa, debe la ciudad de Monas muchísimas obras de las que se siente legítimamente orgullosa, siendo de destacar entre ellas la fundación de la Casa de la Cultura. Fue además uno de los más brillantes y valerosos periodistas de aquella zona del país, donde seguramente habrá de recordarse siempre su prédica encendida, su actividad beligerante y sin temores en favor de cuanto significara superación material y espiritual para la gente lugareña.

Esa noble prodigación sin pausas ni desmayos, insumido la mayor de su fecunda existencia, le restó tiempo, repetimos, para la labor específica de creación literaria. Pero en la alta categoría estética y en la genuina sustancia humana de “Los Molles” habrá de perdurar su nombre justicieramente, como expresé al principio de esta evocación.



**ACADEMIA NACIONAL  
DE LETRAS**

Porque si la realización formal del libro coloca a Dossetti entre los narradores sudamericanos de mayor alcurnia artística, su temática importa en igual o mayor grado que aquélla.

“Los Molles” es una obra de intención social en el más puro y auténtico sentido del aserto. El escenario de los cuentos que la integran es una estancia donde aún imperan viejos resabios patriarcales, y en cuyos aledaños se hacina la mísera ranchería de un puñado de negros que miniviven amarrados a ella por necesidad, la ignorancia y la impotencia para liberarse de esa injusta sujeción vitalicia.

Sumisos a los amos por herencia y rutina – aunque alguna vez los sacuda un ramalazo de una que otra rebeldía elemental, impulsándolos a hacerse justicia por su propia mano –, transcurre silenciosa e ignorada la existencia de tales infelices dentro de aquel ignominioso submundo campesino. El escritor, que convivió de niño con ellos, pues aquel pago fue también el suyo, y que los entendió y amó entrañablemente, supo iluminar y rescatar para la literatura aquellas vidas oscuras casi larvarias, con todas sus carencias, con sus naturales y explicables defectos, con sus tímidos asomamientos de amor y de ternura en estado de virginidad y de pureza absolutas, y también, por supuesto, con ese su lenguaje tan pintoresco, tan original, muy distinto por cierto del hablado por los demás paisanos nuestros.

Por todo lo dicho, y por mucho más que no me siento capaz de expresar, resulta el suyo un caso único – sin antecedentes ni continuadores – dentro de la narrativa nacional.

Eso era cuanto quería decir. Y no porque Dossetti lo necesitara, sino por cumplir con un profundo imperativo de mi conciencia agradecida de lector.

Montevideo, 13 de noviembre de 1981